

30 de Abril, 1833.

Damos la vela con vientos variables, y empleamos tres dias en doblar la punta Occidental de la isla dando bordadas hácia tierra.

Vemos el monte Olimpo, y Pafos y Amatonte:—hechicero aspecto de las costas y de las montañas de Chipre por este lado; esta isla seria la mas hermosa colonia del Asia-Menor; en el dia no tiene mas que treinta mil almas y podia sustentar y enriquecer millones de hombres; cultivable en todos sus puntos, fecunda, regada, con radas y puertos naturales en todos sus costados; colocada entre la Siria, la Caramania, el Archipiélago, el Egipto y las costas de Europa, seria el jardin del mundo.

3 de Mayo 1833.

Esta mañana descubrimos las primeras cimas de la Caramania, y el monte Tauro á lo lejos,—cimas desiguales y cubiertas de nieve como los Alpes vistos desde Leon:—vientos suaves y variables;—noches bellísimas;—cielo espléndido tachonado de estrellas.

Entramos de noche en el golfo de Satalia:—aspecto de este golfo semejante á un mar interior:—el viento se aplana:—el buque duerme como sobre un lago;—á cualquier lado que se vuelva la vista, cae sobre el montañoso engarse de las bahías:—planos de montañas de todas las formas y alturas huyen unos detras de otros, dejando á veces entre sus desiguales cimas altos valles donde nada la plateada luz de la luna;—blancos vapores se deslizan sobre sus laderas, y sus crestas se pierden entre olas de pálida púrpura:—detras se alzan las angulosas cimas de Tauro con sus dientes de nieve:—algunos cabos bajos y frondosos se prolongan de trecho en trecho dentro del mar, y pequeñas islas, semejantes á buques al ancla, se destacan á veces de la orilla:—un profundo silencio reina en el mar y en la tierra:—no se oye mas que el ruido que hacen los delfines lanzándose de cuando en cuando del seno de las aguas para triscar como cabritillos en un prado; las olas tersas y jaspeadas de plata y oro parecian istriadas como columnas jónicas tendidas por el suelo:—el bergantin no experimenta la menor oscilacion; á media noche se alza una brisa de tierra que nos hace salir lentamente del golfo de Satalia y rasar las costas del Asia-Menor hasta la altura de Castelrozzo.

Entramos en todos los golfos, y casi tocamos la costa:—las ruinas de esta tierra que formaba varios reinos, el Ponto, la Capadocia, la Bitinia, tierra

vacía y solitaria ahora, se dibujan sobre los promontorios; los valles y los llanos están cubiertos de selvas donde los turcomanos plantan sus tiendas en invierno:—en verano está desierto, excepto algunos puntos de la costa, como Tarsus, Satala, Castelrozzo y Marmorizza, en el golfo de Macri.

Mayo 1833.

La corriente que reina á lo largo de la Caramania nos impele hácia la punta de este continente y al desembocadero del golfo de Macri; durante la noche, damos bordadas para acercarnos á la isla de Rodas:—el capitan, temiendo la procsimidad de la costa de Asia con el viento de oeste que empieza á soplar, nos echa á alta mar:—nos despertamos casi a la vista de Rodas.

Vemos á corta distancia de nuestro bergantín de conserva el *Alceste*, pero el calmazo nos impide acercarnos á él en todo el dia;—al anoecer, una fresca ventolina nos interna en el golfo de Marmorizza, y al rayar el dia fondeamos en el puerto de Rodas.

Mayo, 1833.

Pasamos tres dias recorriendo las cercanías de Rodas:—sitios bellísimos en las laderas de la montaña que mira al Archipiélago. Al cabo de dos horas de marcha por la playa, entro en un valle al que dan sombra hermosos árboles y que riega un arroyuelo; siguiendo las orillas del arroyo trazadas por los oleandros, llego á una reducida meseta que forma el último escalon del valle, donde hay una casita habitada por una pobre familia griega;—la casa, casi enteramente cubierta por las ramas de las higueras y de los naranjos, tiene, en su huerto, las ruinas de un templete de las ninfas, una gruta y algunas columnas y capiteles esparcidos, medio tapados por la yedra y las raices de los arbustos: encima hay una praderita de dos ó trescientos pasos de anchura, con una fuente donde crecen dos ó tres sicomoros, uno de los cuales da sombra el solo á toda la pradera:—este es el árbol sagrado de la isla; los turcos le respetan, y por haber un dia un pobre labrador griego cortado una rama de aquel árbol, el bajá de Rodas le hizo dar una paliza. No es cierto que los turcos degraden la naturaleza ó las obras del arte; todo lo dejan como está: su único medio de arruinarlo todo es no mejo-

rar nada. Encima de la pradera y de los sicomoros, las colinas que se alzan verticalmente ostentan pinares y abundan en torrentillos que abren barrancas en sus faldas; luego las altas montañas de la isla señorean y dan sombra á las colinas, al prado y á la fuente. Desde las orillas de la fuente, donde estoy tendido, veo, por entre las ramas de los pinos y de los sicomoros, el mar del Archipiélago de Asia, que parece un lago sembrado de islas, y los profundos golfos que se internan entre las altas y sombrías montañas de Macri, todas coronadas de almenas de nieve; no oigo mas que el rumor de la fuente, el del viento en las hojas, el vuelo de un *bulbul* (ruiseñor) asustado de mi presencia, y el triste canto de la labradora griega que está cunando á su hijo en el techo de su cabaña.

¡Cuán delicioso me hubiera parecido este sitio hace seis meses!

Encuentro en un sendero de las altas montañas de Rodas á un caudillo chipriota, vestido á la europea, pero con gorro griego y larga barba blanca. Le reconozco; se llama Teseo; es sobrino del patriarca de Chipre; y se ha distinguido en la guerra de la independencia. De vuelta en Chipre despues de la pacificación de la Morea, su nombre, su talento, su actividad, le han ganado la población griega de Chipre. En la época del levantamiento que hubo en esta isla, los montañeses se pusieron

á sus órdenes; empleó su influjo para sosegarlos, y despues de haber obtenido, de acuerdo con M. Bottu, el cónsul de Francia, la reparacion de algunas ofensas, dispersó su gente y se refugió en el consulado de Francia para sustraerse á la venganza de los turcos. Un buque griego le ha traído á Rodas, donde no está en seguridad; le ofrezco un camarote en uno de mis bergantines, donde en efecto se refugia.

Le llevaré á Constantinopla, á Grecia ó á Europa, como quiera. Es un hombre que constantemente ha jugado su vida y su hacienda contra el destino,—hombre lleno de ingenio y de audacia, que habla todas las lenguas, conoce todos los países, tiene una conversacion amena é inagotable, y en quien la accion es tan rápida como el pensamiento; uno de esos hombres, cuya naturaleza es el movimiento, y que se elevan, como los pájaros de las tempestades, con el torbellino de las revoluciones para caer con ellas. La naturaleza forma pocas almas de este temple:—los hombres de esta disposición son generalmente desgraciados: se los teme, se los persigue; serian admirables instrumentos si se supiese emplearlos bien.

Envio una barca á Marmorizza con un jóven griego que se quedará á esperar mis caballos y dará órden á mis sais de que vayan á reunirse conmigo en Constantinopla. Nos decidimos á ir por

mar, visitando las islas de la costa de Asia y las orillas del continente.

Damos la vela á media noche con buen viento; doblamos el cabo Krio en la tarde del primer dia; —hermosa y dulce navegacion entre las islas de Piscopia, de Nisyra y la isla encantada de Cos, patria de Esculapio. Despues de Rodas, Cos me parece la isla mas risueña y graciosa de este archipiélago; —bellísimas aldeas, sombreadas por hermosos plátanos, ciñen sus márgenes; la ciudad es alegre y muy elegante. Por la tarde, nos hallamos como extraviados con nuestros dos bergantines, en medio de un laberinto de islitas desiertas, todas alfombradas de espesa y alta verdura; hay entre ellas lindísimos canales, y casi todas tienen pequeñas ensenadas donde podrian fondear los buques:—¡qué de encantadoras moradas para los hombres que se quejan de que les falta espacio en Europa! Estas islas tienen el clima y la fertilidad de Rodas y de Cos: un inmenso continente está á dos leguas; damos bordadas sin fin entre este continente y esas islas, y vemos al sol brillar sobre las grandes ruinas de las ciudades griegas y romanas del Asia Menor. Al dia siguiente nos despertamos en el estrecho Boghaz de Samos, entre esta isla y la de Ikaria; la alta montaña que forma casi sola la isla de Samos, está sobre nuestras cabezas, cubierta de peñascos y de pinares; en medio de esas peñas vemos mugeres y niños. La

poblacion de Samos, sublevada este momento contra los turcos, se ha refugiado en la montaña; los hombres están armados en la ciudad y en las costas. Samos es una montaña del lago de Lucerna, iluminada por el cielo de Asia: solo un angosto canal la separa del continente. Una tempestad nos sorprende en el golfo de Scala-Nova, no lejos de las ruinas de Efeso; entramos por la mañana en el canal de Scio, y buscamos un asilo en la rada de Tchesmé, célebre por la destruccion de la armada otomana por Orloff. La bellísima isla de Scio se estiende como una verde colina al otro lado de un gran rio; sus casas blancas, sus ciudades, sus aldeas, agrupadas en las umbrosas cumbres de sus collados, brillan entre los naranjos y los pámpanos; lo que subsiste anuncia una inmensa prosperidad reciente y una numerosa poblacion. El régimen turco, salva la servidumbre, no habia podido sofocar la índole activa, industriosa, mercantil, cultivadora de las poblaciones griegas de estas hermosas islas; no conozco nada en Europa que presente mayor aspecto de riqueza que Scio; es un jardin de sesenta leguas de circuito.